



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**Plata y sangre: la guerra en la frontera norte
de la Nueva España (1540-1600)**

Juan Collado Lozano

Tutor(a): M^a del Carmen Martínez

Curso: 2018-2019

TÍTULO: PLATA Y SANGRE: LA GUERRA EN LA FRONTERA NORTE DE LA NUEVA ESPAÑA (1540-1600)

RESUMEN

La expansión del imperio colonial español hacia el norte de México en busca de metales preciosos experimentó lentos avances y varios retrocesos por la dilatada y enconada resistencia indígena. El trabajo trata de los pueblos llamados chichimecas, sus relaciones con los vecinos indígenas antes y después de la llegada de los españoles, los debates jurídicos sobre su naturaleza, el origen y desarrollo de la guerra a la par de la labor evangelizadora y la explotación minera en su ámbito territorial. El conflicto fue largo y supuso nuevas líneas de actuación en relación con el deseo de pacificar una región de gran importancia minera por las explotaciones de plata.

PALABRAS CLAVE: Guerra chichimeca, esclavitud india, Zacatecas, frontera, minería.

TITLE: SILVER AND BLOOD: THE WAR IN THE NORTHWARD FRONTIER OF THE NEW SPAIN (1540-1600)

ABSTRACT

The expansion of the Spanish colonial empire towards the north of Mexico in search of precious metals experienced slow advances and several setbacks due to the long and fierce indigenous resistance. The work deals with the Chichimeca peoples, their relations with their indigenous neighbours before and after the arrival of the Spaniards, the legal debates about their nature, the origin and the development of the war, at the same time as the evangelizing work and the mining exploitation in their territorial area. The conflict was long, and involved new lines of action in relation to the desire to pacify a region of great importance for silver mining.

KEYWORDS: Chichimeca war, indian slavery, Zacatecas, frontier, mining.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
1. HISTORIA DE LOS CHICHIMECAS	9
1.1. La gran frontera cultural prehispánica.....	9
1.2. Las naciones chichimecas y sus territorios	11
2. EL AVANCE PIONERO EN LA FRONTERA NORTE	13
2.1. Ley e ideología: la Controversia de Valladolid	13
2.2. Entradas y hostilidades: la rebelión del Mixtón	14
2.3. La evangelización y las órdenes mendicantes	16
3. EL ORIGEN DE LA GUERRA. LA PLATA, SANGRE DE NUEVA ESPAÑA.....	19
3.1. Fundaciones y colonización: la minería como catalizador bélico	19
3.2. El <i>casus belli</i> : la villa de Zacatecas y sus rutas hacia México.....	22
4. GUERRA DEFENSIVA, OFENSIVA Y PAZ	24
4.1. Las fases de la guerra y la organización militar española.....	24
4.2. «Guerra a fuego y sangre»	27
4.3. Paz y aculturación.....	30
5. CONCLUSIONES.....	32
6. BIBLIOGRAFÍA	34

INTRODUCCIÓN

El avance español hacia el norte del actual Estado de México, después de conquistada la confederación azteca, dio lugar a un complejo proceso fronterizo conocido como Guerra Chichimeca, cuya realidad supera y limita el tradicional concepto de «guerra» dadas las condiciones y características que le dieron forma.

Los enfrentamientos entre los indios nómadas y los españoles se iniciaron en la rebelión del Mixtón, una confederación de pueblos indios que reaccionó ante los abusos de los encomenderos, llegando a hacer peligrar el dominio español en la geografía septentrional novohispana. El avance hacia el norte dio lugar a las primeras fundaciones de reales mineros a mediados de siglo, claves en el establecimiento de comunicaciones con la capital del virreinato y en la atracción de actividades económicas dependientes de la extracción de plata, que se convirtió en el punto de partida de los contactos de españoles y chichimecas en un extenso ámbito territorial.

Bajo el término chichimecas se engloba a un conjunto de pueblos con culturas más rudimentarias que las de sus vecinos. Éstos vivían de forma nómada por la dureza del medio, encontrando en las mercancías enviadas por los españoles recursos para su sustento. Los españoles intentaron en un primer momento su pacificación y asimilación, pero los continuos asaltos y las pérdidas que les ocasionaban acabaron empujándolos a la guerra. Los soldados pronto descubrieron que aquella guerra no sería como la anterior, y que el norte del continente obligaría a un esfuerzo más paciente.

Las estrategias seguidas en la guerra por los virreyes nunca lograron acabar con los chichimecas, más bien el conflicto se extendía hacia los indios de paz mientras se acrecentaban las pérdidas económicas. La guerra, en el ámbito en el que se movían los chichimecas, estuvo hasta casi el último cuarto del siglo XVI en manos privadas, reduciendo las posibilidades de inversión en la minería o en el sector primario. Por otro lado, las penalidades de los combatientes agravaron los conflictos entre ambos bandos, movidos por el odio y la necesidad.

Esta fase concluye en 1585, coincidiendo con la llegada del virrey Álvaro Manrique de Zúñiga, marqués de Villamanrique. El punto de inflexión en la relación con los chichimecas lo determinó la decisión de destinar los fondos hasta entonces empleados en la guerra a alcanzar la paz mediante regalos y concesiones, lo que ahorró muchísimo dinero a la Corona y

fue aceptado por los chichimecas. En diez años, la guerra chichimeca fue reducida prácticamente a dimensiones insignificantes y en el siglo XVII estos pueblos ya estaban asimilados a los modos de vida de los indios de paz, con quienes compartieron sus primeros pasos en la vida sedentaria.

El cronista mestizo Fernando de Alva Ixtlilxóchitl relata la historia de los pueblos chichimecas y la sedentarización de algunas tribus antes de la llegada de los españoles¹. Además de ser un capítulo obligado en obras de carácter general, la guerra chichimeca cuenta con trabajos más particulares². Sin duda alguna, la obra de referencia es la de Philip W. Powell quien, además de los aspectos bélicos, analizó la incidencia del conflicto en otros ámbitos como la sociedad, la economía y el gobierno del territorio³.

Por su parte, Carlos Sempat Assadourian amplió el ámbito de análisis a la actividad minera de la región, fundamentalmente de plata, y las consecuencias que la guerra tuvo en el virreinato de la Nueva España y en las relaciones con la Península⁴. La riqueza minera del territorio ha sido analizada por Jaime Lacueva, en dos detallados estudios sobre la organización mercantil, la minería y la producción de Zacatecas⁵. Peter Bakewell profundizó en el estudio de esta región como centro minero en relación a sus áreas agroganaderas durante la época de los Austrias⁶, y José Miranda analiza el virreinato como parte de la compleja realidad de la Corona española en época de Felipe II⁷.

Del proceso de aculturación que experimentaron los chichimecas trató Miguel León-Portilla⁸. De la labor evangelizadora en este ámbito, con las pioneras aportaciones de las órdenes religiosas, trata la obra de Robert Ricard⁹ y la de Mónica Ruiz desde el saber náhuatl¹⁰.

Sobre la condición jurídica de los naturales profundiza, en el contexto de la Controversia de Valladolid, Amalia Xóchitl López¹¹ mientras que Karoline P. Cook lo hace

¹ Alva Ixtlilxóchitl, 1985. Las referencias en nota y bibliográficas siguen las normas de la *Revista de Indias*.

² Chávez, 1958. Miranda, 1980.

³ Powell, 1977.

⁴ Assadourian, 2008.

⁵ Lacueva Muñoz, 2008; 2010.

⁶ Bakewell, 1976.

⁷ Miranda, 1980.

⁸ León-Portilla, 7 (Ciudad de México, 1967): 59-86.

⁹ Ricard, 1986.

¹⁰ Ruiz Bañuls, 2009.

¹¹ López Molina, 15 (Guanajuato, 2015): 233-260.

en relación con los musulmanes de la Península¹². Sobre las creencias y evangelización de los grupos de la región de Zacatecas han tratado, entre otros, Hugo Rosati¹³, Rodolfo Aguirre Salvador¹⁴, María Inés Aldao¹⁵, Alfredo Jiménez¹⁶, y José Antonio Armillas¹⁷.

El trazado de las principales rutas hacia el norte y las dificultades de los españoles para acceder a este ámbito ha sido analizado por Secundino José Gutiérrez¹⁸. El carácter de frontera del territorio chichimeca, estudiado por Juan Carlos Ruiz, obligó a su defensa y a la consideración de una estrategia específica de la que es buen exponente la actuación del capitán Miguel Caldera¹⁹.

El interés por la guerra se mantiene, como ponen de manifiesto, en las primeras décadas de este siglo, los trabajos de Pedro Tomé²⁰, Federico Navarrete²¹ y, más recientemente, el de Francis Goicovich planteando una revisión general del conflicto y profundizando en las causas de la hostilidad chichimeca sobre el mismo ecosistema²².

1. HISTORIA DE LOS CHICHIMECAS

1.1. LA GRAN FRONTERA CULTURAL PREHISPÁNICA

Los indígenas americanos que habitaban el centro de México, pese a las diferencias y los enfrentamientos que mantuvieron durante años, se reconocían bajo una misma identidad civilizatoria mesoamericana²³ al compartir espacios ecológicos comunes, una cultura originaria y una estratificación social basada en una gran teocracia militar²⁴. Sin embargo, al norte de estos territorios, entre la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental, se abría un espacio semiárido con escasos recursos hídricos, falta de grandes especies animales y frondosa vegetación. Otras comunidades indígenas denominaron a las tribus que vivían en

¹² Cook, LXX / 1 (Sevilla, 2013): 15-38.

¹³ Rosati Aguerre, XXIX (Santiago de Chile, 1995-1996): 391-404.

¹⁴ Aguirre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 129-152.

¹⁵ Aldao, XVII / 19 (Buenos Aires, 2013): 208-217.

¹⁶ Jiménez Núñez, 30 (Logroño, 2006): 37-64.

¹⁷ Armillas Vicente, 2004: 7-38.

¹⁸ Gutiérrez Álvarez, 1993: 93-138.

¹⁹ Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 23-58.

²⁰ Tomé Martín, LXV / 1 (Madrid, 2010): 55-84.

²¹ Navarrete Linares, 42 (Ciudad de México, 2011): 19-50.

²² Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 9-49.

²³ Pérez Flores, 2016: 14.

²⁴ Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 35-36.

aquel territorio despectivamente como «chichimecas», dado el modo de vida tan primitivo y bestial que los caracterizaba²⁵.

Pese a la tradicional lectura sobre la diferenciación de estas culturas, estableciendo una dicotomía entre «civilizados» y «popolocas»²⁶ (bárbaros), una nueva interpretación de las fuentes vendría a enfatizar este error, propio de una visión darwinista y determinista sobre el progreso evolutivo, hasta superarlo por una relación a largo plazo de un fenómeno político muy típico del área mesoamericana: los intercambios de «bienes culturales»²⁷. En esta categoría se incluirían conocimientos técnicos, formas de organización política, determinadas visiones religiosas sobre la vida, etc., y se intercambiarían entre los diferentes *altépetl* del centro de México y también con las culturas norteamericanas «bestiales». El abandono de la mítica ciudad de Tula en el siglo XII es seguido en la siguiente centuria por asentamientos chichimecas, originando las primeras relaciones entre chichimecas y toltecas²⁸. Esta corte chichimeca se asienta en la ciudad de Tezcoco, intercambiando durante varias generaciones bienes culturales con los toltecas, entre ellas técnicas agrícolas para el cultivo del maíz y las legumbres, la lengua *náhuatl*, la cosmovisión... Así, los chichimecas experimentaron un proceso de «toltequización», y los toltecas un proceso de «chichimequización»²⁹.

No todos estos pueblos asimilaron las nuevas prácticas. Diversos grupos chichimecas rechazaron la agricultura y decidieron volver a sus territorios del norte, practicando el modo de vida con el que se sentían identificados. Desde este prisma se advierte que toltecas y chichimecas no corresponden a estadios evolutivos inferiores y superiores³⁰, sino a diferentes opciones a la hora de organizar la vida en comunidad, como puede ser la sedentaria agrícola tolteca o la cazadora-recolectora chichimeca³¹.

No obstante, este desencanto del proceso de aculturación no equivale al estancamiento en una etapa anterior, como si las culturas pudieran ponderarse en distintos peldaños de una escalera del progreso hacia supuestas mejores formas de organización social, generalmente asociadas a las jerarquías de sus miembros y relaciones³².

²⁵ Powell, 1977: 48-49. Assadourian, 2008: 112. La partícula «chichi» significa «perro».

²⁶ León-Portilla, 7 (Ciudad de México, 1967): 71.

²⁷ Navarrete Linares, 42 (Ciudad de México, 2011): 25-28.

²⁸ León-Portilla, 7 (Ciudad de México, 1967): 64.

²⁹ Navarrete Linares, 42 (Ciudad de México, 2011): 44-47. Alva Ixtlilxóchitl, 1985: 14.

³⁰ Pérez Flores, 2016: 15.

³¹ León-Portilla, 7 (Ciudad de México, 1967): 76.

³² *Ibidem*: 64. Tomé Martín, LXV / 1 (Madrid, 2010): 157.

1.2. LAS NACIONES CHICHIMECAS Y SUS TERRITORIOS

Tras la llegada de los españoles, los indios nómadas o seminómadas conocidos como «chichimecas» mantuvieron el nombre que les dieron sus antiguos vecinos. Sin embargo, el término agrupaba a grupos tribales de diferentes culturas, aunque las fuentes históricas y arqueológicas no ofrezcan un panorama claro³³. Pese a todo, compartían algunos rasgos como: ausencia de estratificación social, modo de vida itinerante pero muy territorial, economía básicamente cazadora-recolectora, destreza en el uso del arco y la flecha, baja densidad demográfica con la práctica de la poligamia (elitista) y gran valor de las mujeres³⁴; algunos adornos, tatuajes o pinturas identitarias, ritual (danzas, alucinógenos, antropofagia), habitación en cuevas o construcciones perecederas...³⁵.

En el extenso espacio de la frontera norte de la Nueva España, una línea desde los ríos Grande y Lerma, convergentes en el lago Chapala y limitada por las dos Sierra Madre en los ríos Sinaloa (oeste) y Pánuco (este), ascendía hasta las futuras ciudades de Durango al noroeste y de Saltillo al noreste, abarcando una vastísima superficie en donde el progresivo avance al norte extremaba las condiciones ecológicas y donde los dos ecosistemas más provechosos fueron el Bajío, al norte del río Lerma desde Querétaro a Guadalajara, limitando con Zacatecas y San Luis Potosí; y el Tunal Grande³⁶. De sur a norte, los pueblos más destacados fueron los otomíes, pames, guamares, cazcanes, guachichiles y zacatecos.

Los otomíes habitaban la zona más meridional, por lo que eran la tribu con más rasgos mesoamericanos tras las relaciones mantenidas con los toltecas de Cholollan, entre ellos la práctica de una agricultura estacional en las fértiles tierras del Bajío, donde aún existe acceso al agua³⁷. En 1551 ya existía entre Querétaro y Guanajuato una misión destinada a tarascos y otomíes, quienes fueron imprescindibles durante todo el medio siglo de conflictos, enclave al que se dirigió el primer ataque chichimeca ante la invasión de la entrada a sus territorios³⁸.

³³ Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 36.

³⁴ Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 32-33.

³⁵ Powell, 1977: 47-68. Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 37-39.

³⁶ *Ibidem*: 243-244, nota 48. Bakewell, 1976: 13-16.

³⁷ Navarrete Linares, 42 (Ciudad de México, 2011): 25-27.

³⁸ Powell, 1977: 45.

Los pames, al norte de Querétaro, una de las tribus más pacíficas, tenía lengua propia, compartía ciertas zonas con los otomíes³⁹ y levantaron estructuras para sus prácticas religiosas⁴⁰.

Los guamares fueron los primeros en responder a la invasión española en la segunda mitad del siglo XVI. Realmente eran una confederación de tribus en la que la dirección política se basaba en los éxitos en la guerra, su agresividad es más comparable a la de guachichiles y zacatecos, pese a estar en contacto con otomíes y pames, y hablar la misma lengua⁴¹.

Los cazcanes, los más occidentales, eran seminómadas y tenían creencias religiosas que los acercaban a los pames y otomíes. Durante la guerra del Mixtón fueron el grupo más activo y peligroso, por lo que su derrota supuso un importante alivio, aunque su asimilación no fue posible, manteniéndose una tensa calma⁴².

Al norte de las tribus mencionadas anteriormente, los que más quebraderos de cabeza, literalmente, dieron a los españoles fueron los guachichiles, el grupo más numeroso, cuyo nombre alude a sus adornos y pinturas de color roja. Ocupaban el territorio más extenso hasta Saltillo hacia el norte y la ruta real hacia el sur, tramo que se encontraba en la entrada de su territorio, formado por varios valles, y conocida como el Tunal Grande⁴³. El carácter de estas tribus, que cimentan en la guerra sus alianzas políticas, explica su protagonismo en los enfrentamientos con otras tribus indígenas y con los españoles⁴⁴. En sus ataques, en los que no siempre respetaban la jerarquía, irrumpían con tal violencia que suscitaron tal temor que hacía buenos a los mexicas. Entre sus prácticas de guerra incluían arrancar cabelleras o la antropofagia ritual. No tenían una lengua común y sí numerosos dialectos, hecho que dificultó la tarea evangelizadora de los frailes en su territorio.

Los zacatecos reunían a distintas tribus más o menos nómadas con formas de vida y lenguas muy similares. Se movían en el espacio al oeste de los guachichiles, en un territorio casi tan extenso como el suyo. Como ellos, tenían su propia zona de seguridad, el Malpaís, escenario de uno de los momentos claves del conflicto chichimeca, al noroeste de Zacatecas⁴⁵.

³⁹ León-Portilla, 7 (Ciudad de México, 1967): 71.

⁴⁰ Powell, 1977: 245, nota 52.

⁴¹ *Idem*.

⁴² Powell, 1977: 245-246, nota 53.

⁴³ *Ibidem*: 48.

⁴⁴ Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 49. Powell, 1977: 244, nota 51. En la guerra del Mixtón se aliaron con los cazcanes, con los zacatecos en la gran ofensiva de 1560-1561.

⁴⁵ Powell, 1977: 88.

Los indios que habitaban más hacia el Oeste, los tepehuanes, aliados de los españoles, sufrieron en menor grado sus ataques, centrados fundamentalmente en los cazcanes.

Un análisis más detallado pone de manifiesto que, pese a englobarse bajo el término de «popolocas», unas tribus fueron asimiladas mucho más rápidamente que otras, incluso rechazando alianzas de guerra entre ellas. Otro ejemplo ilustrativo es el comportamiento de los pames, quienes se dedicaron al robo en las rutas y no directamente al asalto como hacían las tribus más septentrionales (salvo en los años setenta, durante la etapa más álgida de la guerra)⁴⁶.

2. EL AVANCE PIONERO EN LA FRONTERA NORTE

2.1. LEY E IDEOLOGÍA: LA CONTROVERSIA DE VALLADOLID

Desde la llegada de los españoles a América se inició la incorporación de los indios al sistema del Viejo Mundo y a la búsqueda de su protección en delegación del poder real hispano. Numerosos tibios avances y retrocesos fueron dando forma a los derechos y obligaciones de los indígenas con la Corona a través de duras controversias teológico-jurídicas a ambos lados del Atlántico⁴⁷. Las más trascendentales abarcaron la naturaleza del indio y su intelecto⁴⁸, sus capacidades de inmersión civil⁴⁹, de conversión religiosa y los derechos políticos frente a la empresa española y cristiana⁵⁰.

La legitimidad de la ocupación del territorio preocupó a la Corona hasta la mitad del siglo XVI, cuando la lógica económica de Felipe II prevaleció sobre los límites y excesos españoles en América⁵¹. Hubo incongruencias jurídicas de todo tipo y no pocas variaciones⁵², se enfrentaron posturas intelectuales complejas y apoyadas por diferentes facciones destacadas, y estuvo siempre limitada a las realidades sobre el terreno: la ley procedía de la península, pero se aplicaba en el Nuevo Mundo⁵³.

⁴⁶ *Ibidem*: 52.

⁴⁷ Assadourian, 2008: 49-57.

⁴⁸ Chávez, 1958: 89-90.

⁴⁹ Armillas Vicente, 2004: 19-21.

⁵⁰ López Molina, 15 (Guanajuato, 2015): 245-246.

⁵¹ Miranda, 1980: 78-79. Assadourian, 2008: 86.

⁵² Assadourian, 2008: 50-52, 55-65. Aguerre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 133.

⁵³ Cook, LXX / 1 (Sevilla, 2013): 19.

El eje jurídico de la discusión sobre los naturales de las Indias se vertebró sobre sus capacidades intelectuales. El debate ocupó un lugar central en el gobierno de Carlos I y tuvo su máximo exponente en la conocida como Controversia de Valladolid (1550-1551), en la que se enfrentaron las posturas del dominico Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Las Casas, que había llegado al continente en la segunda década del siglo XVI, no cejó en la denuncia de los comportamientos de los españoles y en la protección de los indios, mientras Sepúlveda fue el férreo defensor del derecho de conquista de unos pueblos intelectualmente superiores a otros. En julio de 1550, en la primera junta de teólogos y miembros del Consejo de Indias, Las Casas expuso una postura más amplia y férrea que la de Sepúlveda y, desde la de abril del año siguiente, la Corona siguió en sus disposiciones la postura de Las Casas, llegando a prohibirse la publicación en España de las tesis de Sepúlveda⁵⁴.

Sepúlveda esgrimió la doctrina aristotélica a la hora de encuadrar a los americanos en la categoría de «bárbaros»⁵⁵, y la solución sería una victoria militar que allanara su sometimiento y adhesión a la palabra de Dios. Las Casas lo refuta incidiendo en las reflexiones de Aristóteles para demostrar que los americanos no podían entrar en esa categoría (algunos españoles bien podrían incluirse por su trato a los indios)⁵⁶, y que, si bien entre algunos indios existían salvajes costumbres como la antropofagia ritual, no era sino por hallarse en un «desierto» espiritual, bajo el pecado original superable mediante la libertad de buscar la fe, y rechaza la legitimidad de predicar el evangelio por medio de las armas al no tener ni la Corona ni la Iglesia ninguna autoridad jurídica sobre los naturales de las Indias, ni ser la evangelización una meta alcanzable mediante la violencia⁵⁷.

2.2. ENTRADAS Y HOSTILIDADES: LA REBELIÓN DEL MIXTÓN

Lejos de los debates académicos sobre el Nuevo Mundo, las autoridades en América distaban mucho de la observancia estricta de las leyes⁵⁸. Así, la libertad de movimiento de los indios promulgada en 1536 y 1544 entraba en conflicto con establecer congregaciones religiosas (le notifica el virrey Luis de Velasco al emperador en 1554), la autodeterminación india por vía de sus caciques quedaba constreñida bajo las autoridades eclesiásticas a medida que sus

⁵⁴ López Molina, 15 (Guanajuato, 2015): 246-248.

⁵⁵ Pérez Flores, José Luis, XXI / 2 (Bogotá, 2016): 21-22.

⁵⁶ Chávez, 1958: 86-87.

⁵⁷ López Molina, 15 (Guanajuato, 2015): 248-251.

⁵⁸ Miranda, 1980: 106-107.

instituciones y mecanismos se consolidaban y extendían⁵⁹; la tajante prohibición de la esclavitud a vasallos de la Corona tomó apática forma en las encomiendas⁶⁰, término medio entre la esclavitud y la viabilidad del gobierno de unos territorios plagados de personas aún por asimilar a un sistema encabezado por unos pocos españoles⁶¹.

El cuadro teórico-práctico de la realidad mexicana deja muchos cabos sueltos que tendrán que hilarse en el tiempo, con manos tan distintas como las de los conquistadores o los frailes de las órdenes mendicantes. Un buen ejemplo de las primeras lo tenemos en el capitán de la Audiencia de Nueva Galicia Nuño de Guzmán⁶², principal responsable de la progresión al norte de Nueva España hacia territorio de los cazcanes como fundador del reino. El avance de las tropas de Guzmán en la década de los treinta dejó profusa huella en los indios de Michoacán, quienes se veían junto con sus vecinos repartidos entre las huestes prácticamente como esclavos mediante la encomienda cuando no directamente como tal en las incursiones (o cacerías) nocturnas. La violación de las disposiciones antiesclavistas y la petición del obispo Juan de Zumárraga al virrey Antonio de Mendoza en 1536 de acabar con estas prácticas logró la liberación de las mujeres y menores de 14 años, así como una visita al capitán que le costó un año después el encarcelamiento y la deportación a España⁶³.

La brutal intervención de Nuño de Guzmán llevó a la necesidad de pacificar algunas rebeliones al norte de Guadalajara, pero para 1540 el peligro se había agravado bajo la forma de una confederación antiespañola que logró rechazar las primeras intervenciones militares y los refuerzos encabezados por Cristóbal de Oñate. Por ello se decidió pedir refuerzos al virrey Mendoza, entrando en escena en junio de 1541 el famoso conquistador Pedro de Alvarado, que de la mano de veinticinco españoles y cerca de cinco mil indios aliados sufrió una severa derrota en Nochistlán, reflejo de la crítica situación del dominio español. Tres meses después se presentaron en la ciudad de Guadalajara unos 15 000 indios capitaneados por Francisco Tenamaztle⁶⁴. Vista la posibilidad real de perder la guerra, el virrey envió un numeroso contingente encabezado por 500 españoles, 300 caballos y casi 60 000 indios aliados pertrechados a la europea, rindiéndose algunos de los pueblos indios sublevados. Las batallas

⁵⁹ Aguerre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 133.

⁶⁰ Chávez, 1958: 91-92.

⁶¹ Miranda, 1980: 95-96.

⁶² Powell, 1977: 19.

⁶³ Reséndez, 2019: 59. Assadourian, 2008: 29-34. La demanda de mujeres y niños en la Península era incluso mayor que la de hombres.

⁶⁴ Assadourian, 2008: 32-37. El cacique, tras ser enviado a España, acudió junto con Las Casas a Valladolid para defender el derecho indio a la rebelión frente a las atrocidades cometidas por los españoles.

definitivas tuvieron lugar a finales de noviembre de nuevo en Nochistlán, y en diciembre en el peñol del Mixtón, en donde miles de indios fueron cruelmente ajusticiados tanto por españoles como por los aliados indios, como ejemplo aleccionador. Otros muchos se suicidaron desde lo alto del peñol⁶⁵.

Las «entradas» (expediciones de avance al norte en busca de riquezas en tierras inexploradas) persistieron tras el sofocamiento de los cazcanes. Las Casas denunció la violencia con que se efectuaban, pero defendió su necesidad siempre y cuando viraran las políticas expansionistas. En el debate, los grandes encomenderos y cargos públicos de Nueva Galicia adujeron la ingobernabilidad del virreinato sin las encomiendas ni la esclavización en los casos de rebeldía; las órdenes mendicantes, legitimadas por la Iglesia y el rey como primeras y máximas autoridades sobre los indios, defendían su primacía a la hora de incorporar a los indios de los nuevos territorios mediante congregaciones. La Corona quiso apearse a la legalidad, pero se valió de medidas ambiguas o contradictorias ante las realidades materiales para permitir el gobierno efectivo y duradero⁶⁶.

2.3. LA EVANGELIZACIÓN Y LAS ÓRDENES MENDICANTES

No se puede entender la conquista de América sin hacer una revisión de la colosal obra llevada a cabo por los religiosos desde el instante en que cayó Tenochtitlan⁶⁷. A franciscanos, dominicos y agustinos correspondió la mayor parte de la inclemente tarea de extenderse y dar a conocer por toda la Nueva España la doctrina cristiana, capaz de subordinar a los militares españoles, creando la simbiosis más importante de la conquista: la cruz y la espada⁶⁸.

Ilustrativo es el debate entre los Doce frailes franciscanos y los sacerdotes mexicas, quienes debían abandonar sus cultos y creencias, pues la invasión y victoria de los españoles había señalado que su dios era el verdadero⁶⁹, atrayéndolos a la fe mediante la práctica de los modos de vida europeos. Los indios fueron liberados de los engaños de sus hechiceros y de las idólatras leyes de sus élites políticas⁷⁰.

⁶⁵ *Ibidem*: 38-39.

⁶⁶ *Ibidem*: 42-57. Reséndez, 2019: 78-79.

⁶⁷ Ricard, 1986: 34.

⁶⁸ *Ibidem*: 75-83.

⁶⁹ *Ibidem*: 389-390.

⁷⁰ Pérez Flores, 2013: 17-19.

Las órdenes mendicantes vivieron su etapa de oro hasta la década de los setenta⁷¹, cuando la administración secular se consolida. Si bien los regulares se arrogaron el papel de vanguardia de la conquista, hubo fricciones entre ellas y el poder secular⁷² por el dominio de inmensos territorios, pese a la ocasional incapacidad de evangelizarlos debidamente⁷³.

Las primeras misiones de penetración hacia el norte de Nueva Galicia protagonizadas por los franciscanos ocurrieron a partir de 1531, en la década siguiente se asentarían las principales misiones en el sur y centro de la región zacateca y para la década de los sesenta el norte de Zacatecas tenía presencia misional. Los agustinos, los últimos en llegar, avanzaron en las zonas sin presencia franciscana ni dominica, y en 1536 se encargaron de la evangelización de los otomíes⁷⁴, pero los pames rechazaron la vida con los frailes⁷⁵.

Los religiosos eran mejor tolerados que los soldados, por lo que su labor fue clave para afianzar el avance español⁷⁶. Aprendiendo sus lenguas o con intérpretes, la dificultad de convencer por la palabra los obligó a la más estricta rectitud en el ejemplo de su predicación: la sencillez de sus vidas generaba una empatía que podía canalizarse hacia la asimilación del modo de vida sedentario, pacífico y trabajador⁷⁷.

Pese a las expectativas misioneras, la escalada de violencia desde la guerra del Mixtón puso sobre aviso a la región. A mediados de los años cincuenta, Toribio de Bolaños, vecino de Guadalajara, la atribuye al salvajismo español contra los indios, apela al rey para hacer cumplir las órdenes de no permitir el paso en la frontera más que a los frailes y denuncia las entradas de los Ibarra hacia territorios chichimecas⁷⁸. Otra propuesta destacada es la del oidor Alonso de Zorita, quien coincide en señalar el origen del conflicto y en 1561 propone la creación de poblados de indios pacíficos, por un lado, y de españoles, por otro, bajo la atenta mirada de los franciscanos. A los indios se les concederían exenciones fiscales y tierras; por su parte, los españoles debían dar ejemplo virtuoso so pena de destierro. Zorita contaba con el apoyo total de fray Jacinto de San Francisco, un veterano fraile en América que avaló el análisis del oidor tras su viaje por tierras zacatecas a finales de los cincuenta. Abogaron por la

⁷¹ Ricard, 1986: 33-40.

⁷² *Ibidem*: 364-378. Aguerre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 131-132.

⁷³ *Ibidem*: 239, 363. *Ibidem*: 143.

⁷⁴ *Ibidem*: 141-146 y 153.

⁷⁵ Jackson, 47 (Ciudad de México, 2012): 64.

⁷⁶ Assadourian, 2008: 62. Powell, 1977: 215-216.

⁷⁷ Ricard, 1986: 223. Miranda, 1980: 117-118.

⁷⁸ Assadourian, 2008: 65-68.

colonización dual bajo la autoridad franciscana y en 1562 pidieron financiación al virrey, quien lo desestimó en favor de Francisco de Ibarra, famoso potentado de la frontera⁷⁹, siguiendo la lógica economicista que caracterizó la política del rey⁸⁰.

Entre la guerra desatada y la necesidad de la paz, los años sesenta fueron de reflexión. Las pérdidas económicas empezaban a ser notorias y la tendencia aterradora. Tras el bienio virreinal del Marqués de Falces, su sucesor Martín Enríquez (1568-1580) abrió el mandato convocando a las órdenes y al arzobispo Alonso de Montúfar para decidir qué dirección tomar⁸¹.

Hacia mediados de los años setenta, Gonzalo de las Casas redactó un documento recopilando los asaltos, asesinatos e incendios perpetrados por guamares, guachichiles y zacatecos desde hacía dos décadas, haciendo uso de la teología para justificar la transición de una guerra defensiva a ofensiva⁸², en aquellos casos en los que los indios hiciesen entradas contra las comunidades indígenas de paz. En 1574, el padre Juan Focher publicaba en un texto la obligación del rey de hacer la guerra a los chichimecas en defensa de sus vasallos y le recomendaba algunas medidas. Avalados los capitanes y los funcionarios por la Iglesia, se abrió la época de campañas bélicas contra los chichimecas, incluso permitiendo su esclavización durante un periodo de catorce años. Si la guerra era el lenguaje de los chichimecas, también lo sería el de los españoles, quienes proclamaron la «guerra ofensiva»⁸³.

En 1574, tras una nueva reunión de teólogos, el arzobispo Moya de Contreras se dirige al Presidente del Consejo de Indias y al rey para criticar la ineficacia de la medida del virrey Enríquez autorizando la financiación real para la guerra, mientras recordaba al monarca que la principal riqueza de la región era la plata, y por ello debía destinarse recursos a la guerra e incluso plantear la esclavización perpetua delegada en la iniciativa militar privada⁸⁴.

A mediados de los ochenta se reabrió el debate de la guerra. El obispo de Guadalajara informó a Moya de Contreras sobre la tesis del destacado capitán Rodrigo del Río de la Loza. Este afirmaba que la precariedad de los soldados los llevaba a abusos que levantaban a indios de paz y encolerizaban a los chichimecas, abocando cualquier posible solución siempre a una

⁷⁹ Powell, 1977: 104-107.

⁸⁰ Miranda, 1980: 78-79.

⁸¹ Aguirre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 140.

⁸² Assadourian, 2008: 57-59.

⁸³ *Ibidem*: 87-91.

⁸⁴ *Ibidem*: 101-112.

guerra cuyo fin apenas se atisbaba. Por ello proponía recuperar la fundación de poblados dirigidos por franciscanos, sin presencia de soldados⁸⁵.

El III Concilio Mexicano (1585) decidió entregar la dirección de las congregaciones a los clérigos en detrimento de los frailes. Pese a la oposición de Moya de Contreras, se deslegitimó la violencia y volvió a abolirse la esclavitud⁸⁶. Los capitanes acompañaron a franciscanos y jesuitas a las nuevas fundaciones que con familias tlaxcaltecas y mexicas hicieron en el norte de Zacatecas y en el área de San Luis Potosí, Colotlán, Saltillo, San Miguel, etc.,⁸⁷. En esta etapa se advierten una serie de diferencias respecto a las medidas adoptadas en la época del virrey Velasco, así, se les conceden exenciones fiscales, la hidalguía, las mejores tierras, derecho a tener caballos y portar armas, etc. Estas misiones fueron la punta de lanza física y cultural que permitió la asimilación chichimeca a los modos de vida españoles mediante su congregación, imponiéndose a la conducta bélica, la cual sólo hizo a ambos bandos armarse hasta la muerte⁸⁸.

3. EL ORIGEN DE LA GUERRA. LA PLATA, SANGRE DE NUEVA ESPAÑA

3.1. FUNDACIONES Y COLONIZACIÓN: LA MINERÍA COMO CATALIZADOR BÉLICO

Los años posteriores a la toma de Tenochtitlan (13 de agosto de 1521) fueron de nuevas conquistas para las nuevas huestes, ávidas del éxito que cosecharon sus compañeros⁸⁹. Los mitos sobre metales preciosos y vastas tierras sin explorar movilizaron a unos pocos españoles de la Nueva España hacia nuevas conquistas al norte⁹⁰.

Los misioneros fueron los primeros en penetrar más profundamente hacia el norte, seguidos de las primeras estancias de ganado que pronto inundarían la región. La primera frontera hispano-chichimeca contaba con tierras fértiles y agua, punto de apoyo económico básico a la hora de sustentar la frontera⁹¹. El virrey entregó grandes concesiones de tierra a

⁸⁵ Powell, 1977: 189-192. Assadourian, 2008: 133-134.

⁸⁶ Assadourian, 2008: 131-135.

⁸⁷ Powell, 1977: 201-202. Assadourian, 2008: 137-140.

⁸⁸ *Ibidem*: 215-225. Rosati Aguerre, XXIX (Santiago de Chile, 1995-1996): 402-404.

⁸⁹ Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 13. Assadourian, 2008: 29-31.

⁹⁰ Powell, 1977: 19. Bakewell, 1976: 50. Jiménez Núñez, 30 (Logroño, 2006): 41.

⁹¹ Bakewell, 1976: 14-16, 89-90.

algunos de los destacados encomenderos de frontera a cambio de organizar la defensa del territorio y desde allí se dieron importantes pasos⁹².

En septiembre de 1546 el compañero militar de Nuño de Guzmán, Juan de Tolosa, fue conducido por aliados indios hacia la tierra de los zacatecos, donde un grupo le mostró el cerro de La Bufa⁹³, el primero de las futuras minas de Zacatecas. Esta expedición, como la mayoría de la época, la financió un veterano de la guerra del Mixtón, Diego de Ibarra, a quien sucederá su sobrino Francisco, quien en las décadas siguientes heredó las extensas haciendas ganaderas que proveían a la región⁹⁴. El capital posterior para la mina lo pondría el capitán y veterano Cristóbal de Oñate, que para 1550, recién fundada la villa, poseía trece minas y unos cien esclavos⁹⁵.

El primer asentamiento mediante concesiones, muy poco estimulantes, redundó en un lentísimo avance en el norte. Poco después, el descubrimiento de las vetas fulminó ese parsimonioso proceso, pero la labor apenas acababa de comenzar. La enorme cantidad de capital inicial que había que invertir en ingenios, hornos, herramientas, etc., se completaba con el capital variable que requería ser renovado, en el que se incluyen los combustibles, el mercurio, la mano de obra, el plomo... Como aproximación al coste de todo este esfuerzo, baste señalar que más de la mitad del valor de la plata extraída anualmente en Zacatecas era reinvertida en este proceso de capital circulante⁹⁶, llegando hasta al 85% en el momento de mayor necesidad de inversión⁹⁷.

Más allá de las oscilaciones en la producción de la plata provocada por la guerra chichimeca⁹⁸, los factores financieros también deben ser considerados. El alto coste pronto involucró a los comerciantes. Éstos, sabedores de su posición, accedieron a dar créditos a los mineros a unos intereses muy altos, mordiendo más su margen de beneficio, e incluso lograron entrar a partir de 1562 en los puestos de responsabilidad en la Real Diputación de Minas establecida en 1553⁹⁹.

⁹² Powell, 1977: 21-24. Bakewell, 1976: 54-55.

⁹³ Assadourian, 2008: 142. Powell, 1977: 26. Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 15-16.

⁹⁴ Powell, 1977: 27-31.

⁹⁵ Bakewell, 1976: 32-33.

⁹⁶ Assadourian, 2008: 141-142.

⁹⁷ Lacueva Muñoz, 2010: 149.

⁹⁸ Bakewell, 1976: 53. Lacueva Muñoz, 2010: 154-160.

⁹⁹ Lacueva Muñoz, 2010: 151.

El entramado económico minero tenía más ramificaciones. Desde el establecimiento de la Real Caja la Corona pudo intervenir en la minería, en la que invertía poco, pero exigía mucho. Los mineros pidieron al rey exenciones fiscales a lo largo del siglo, en especial en momentos de transformación productiva, y pese a que éstas se aplicaron, la evasión a través de redes corruptas con la eventual connivencia de los poderes locales persistió¹⁰⁰.

El nexo entre los intereses económicos reales y comerciales fue Bartolomé de Medina quien, gracias a los conocimientos adquiridos en Europa, desarrolló en las minas novohispanas una vanguardista industria basada en el mercurio¹⁰¹. La sustitución del método de fundición por el del azogue, que permitía una mayor rentabilidad en la extracción de la plata, debía sacar partida de los filones abandonados por su baja ley y aumentar la producción; también reducir la deforestación que estaba sufriendo la zona por la necesidad de madera para los hornos donde se fundía el mineral. Esta reinversión productiva se produjo entre 1557-1562, y fue el mayor lastre financiero para los mineros desde su establecimiento¹⁰². La Corona se reservó desde 1559 el monopolio del mercurio, importado mayoritariamente desde Perú, añadiendo otra complicación al adecuado aprovisionamiento de las minas. Hasta los años setenta, década en la que en el virreinato se propaga una epidemia ocasionando grandes bajas entre la población¹⁰³, la producción de plata fue relativamente estable y creciente. En la década siguiente se produce un descenso, pese al aumento de explotaciones mineras por la puesta en explotación de nuevas vetas en el área circundante a Zacatecas y el novedoso método por azogue, cuyas importaciones fueron crecientes durante el siglo XVI¹⁰⁴. En realidad, como señala Jaime Lacueva:

«...lo que afectaba muy negativamente a la minería y metalurgia de la plata eran las consecuencias económicas que se derivaban del desempeño de la producción en una región espacialmente limitada, geográficamente aislada e incapaz de sostener por sí misma el desarrollo de todas las actividades subsidiarias que implicaba»¹⁰⁵.

Unos pocos españoles, relacionados por los honores de guerra, sus grandes propiedades agroganaderas con jurisdicción real propia y el acaparamiento de los principales puestos en los cargos de gobierno y justicia, convirtieron sus descubrimientos de minas en poderosos

¹⁰⁰ Bakewell, 1976: 34-36. Lacueva Muñoz, 2010: 186.

¹⁰¹ Assadourian, 2008: 153-156. *Ibidem*: 147.

¹⁰² Lacueva Muñoz, 2010: 148-152, 165 y 176.

¹⁰³ Powell, 1977: 175. Miranda, 1980: 95. Valle Pavón, LI / 5 (Ciudad de México, 2002): 530. Aguirre Salvador, 39 (Madrid, 2013): 146. Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 33-34.

¹⁰⁴ Lacueva Muñoz, 2010: 154-167.

¹⁰⁵ Lacueva Muñoz, 2008: 31.

imanes¹⁰⁶. Los mineros se lanzaron a explotar las riquezas, los mercaderes se enriquecieron con el préstamo de capitales de inversión, los estancieros despojaron a los indios de las tierras que alimentarían a los nuevos pobladores, los funcionarios reales acudieron al control y a la corrupta participación en la explotación de la nueva fuente de riqueza. La plata de Zacatecas, eje del infinito norte de México, fue catalizadora de buena parte de la expansión del imperio colonial al igual que de su límite: los indios chichimecas que habitaban aquellas tierras.

3.2. EL CASUS BELLI: LA VILLA DE ZACATECAS Y SUS RUTAS HACIA MÉXICO

Tras el casi abandono de 1548, Zacatecas se convirtió, dos años más tarde, en una villa firmemente asentada en medio de la nada¹⁰⁷. Los encomenderos de la línea Guadalajara-Querétaro quedaban muy al sur y el tráfico en ambos sentidos quedaría expuesto en el resto de la centuria a los chichimecas¹⁰⁸.

La fundación de la villa no siguió en ningún momento las directrices de las ordenanzas reales¹⁰⁹. El descubrimiento de las primeras vetas originó un primitivo y estacional campamento minero como muchos otros de la zona, pero la riqueza de las vetas allí halladas hizo crecer el asentamiento hasta un punto de no retorno, manteniendo su anárquica disposición.

Ese orden caótico es buen reflejo de los primeros años de las minas zacatecanas: Diego de Ibarra apenas logró con sus recursos mantener poblada la villa recién fundada, acosada por los chichimecas en 1547, pero cuando se puso de manifiesto su riqueza, desapareció el temor a su abandono¹¹⁰. Dos años más tarde ya había registrados trescientos mineros españoles¹¹¹. El ciclón zacatecano fue tal que pronto se estableció en Zacatecas la Real Caja, en vez de en Compostela, la capital del reino, posteriormente trasladada a Guadalajara (1560) precisamente por la atracción ejercida por Zacatecas¹¹². Los poderes del imperio español siempre acecharon las riquezas de la ciudad, gravando las actividades

¹⁰⁶ Powell, 1977: 43-45. Bakewell, 1976: 23-29, 120.

¹⁰⁷ *Ibidem*: 27-31.

¹⁰⁸ Rosati Aguerre, XXIX (Santiago de Chile, 1995-1996): 400.

¹⁰⁹ Bakewell, 1976: 66-67.

¹¹⁰ Powell, 1977: 28-29.

¹¹¹ Bakewell, 1976: 32.

¹¹² Lacueva Muñoz, 2008: 21.

económicas e imponiendo la normativa, lo cual hizo a muchos mineros abandonar su explotación por otras minas de alrededor, como en Xocotlán¹¹³.

Zacatecas apenas contó en las inmediaciones con población indígena que la aprovisionara de mano de obra y alimentos, lo que en los primeros años se solucionó con el establecimiento de barrios formados por mexicas, tlaxcaltecas, tarascos... En el norte de Guadalajara sí había, dadas sus buenas condiciones, las cuales permitieron a los grupos chichimecas de la zona una vida más sedentaria que al norte de Zacatecas¹¹⁴. La mano de obra indígena fue indispensable en minas y estancias, además de trabajar, antes de la mejora de los caminos, como «tamemes», pese a su prohibición, en parte por ejercer un pequeño comercio regional¹¹⁵. Los indígenas podían aprovechar de su trabajo en las minas la llamada «pepena», pero no era un ingreso relevante para ellos¹¹⁶.

Otro de los problemas iniciales para el progreso de los asentamientos en esta área fue el paraje en el que se fundaron. La construcción de caminos para grandes carros fue clave para solucionar la falta de alimentos a causa de la aridez de Zacatecas¹¹⁷, permitiendo transportar alimentos desde las regiones próximas más productivas, como Guadalajara, distante a 240 km. Desde el Bajío y Michoacán se enviaban grandes remesas de trigo y maíz, destacando las localidades de Fresnillo y Jerez. La estrecha relación entre el sector primario y secundario en el avance de la frontera norte se comprueba en la existencia de grandes estancias ganaderas, como la del minero Diego de Ibarra y la del capitán Rodrigo del Río de la Loza, que llegó a ser gobernador de Nueva Vizcaya¹¹⁸.

Las distancias entre México y Zacatecas, y secundariamente, entre su zona minera y la zona de producción agrícola, expusieron constantemente a los viajeros a los ataques chichimecas. La articulación de las rutas se hacía dificultosa por la falta de trazado viario y las largas distancias. Los descubrimientos de minas guiaron los esfuerzos para conectar los centros productores de plata con la capital, aunque, salvo en sus inmediaciones, los caminos estaban muy descuidados. Los primeros enlaces sur-norte fueron dos: de Valladolid hacia el norte hasta San Miguel, pasando por Acámbaro; y por el río Lerma hasta Aguascalientes de

¹¹³ Bakewell, 1976: 35-36.

¹¹⁴ *Ibidem*: 85-90.

¹¹⁵ Gutiérrez Álvarez, 1993: 104-106.

¹¹⁶ Bakewell, 1976: 176.

¹¹⁷ Powell, 1977: 34.

¹¹⁸ Bakewell, 1976: 101. La primera llegó a contar con 33 000 novillos y la segunda con 42 000 cabezas de ganado.

forma casi paralela, quedando al sur de Zacatecas. Hacia poniente, la tercera ruta comercial destacada es la que sube desde Guadalajara a Zacatecas, que también pasaba por Aguascalientes¹¹⁹. Por estos caminos transitaban «tamemes» y arrieros. A mediados del siglo XVI, el uso generalizado de carretas y carros obligó a mejorar los caminos en las mencionadas rutas.

4. GUERRA DEFENSIVA, OFENSIVA Y PAZ

4.1. LAS FASES DE LA GUERRA Y LA ORGANIZACIÓN MILITAR ESPAÑOLA

En la organización defensiva española en el norte de la Nueva España se diferencian dos fases. La primera coincidió con el mandato del virrey Luis de Velasco (1550-1564)¹²⁰, estuvo marcada por la ilegalidad de la esclavización y protagonizada por la iniciativa privada de los grandes potentados de la zona que asumieron el coste de las entradas y la seguridad de las poblaciones y sus comunicaciones. A partir de 1576 se inicia una nueva fase en la que la Corona, en consonancia con la nueva guerra ofensiva, aumentó el número de entradas por la rentabilidad de hacer esclavos, mayor aun cuando la Hacienda real financie el reclutamiento de soldados mediante el establecimiento de un pagador de guerra que informara y pagara a tiempo¹²¹. La persistente iniciativa privada de guerra sobre la base de la esclavitud protagonizó la década de 1575-1585.

Francisco de Ibarra es un ejemplo de la primera fase. Se ocupó de financiar sus expediciones para poder ir en paz con los indios, evitando los enfrentamientos, protegiendo él y unos pocos soldados sus primeras fundaciones entre las amenazas de los indios. Este método se mantuvo mientras aumentaban las pérdidas por los asaltos chichimecas, por lo que en 1551-1552 el virrey Velasco autoriza dos entradas punitivas costeadas por la Hacienda real, aunque el nulo avance en la solución de la guerra determinó que desde entonces los virreyes confiaran estas acciones de castigo a la iniciativa privada¹²².

La guerra chichimeca hundió tanto la economía de la región norte de México en la década de los sesenta que la Corona cambió radicalmente su postura al pasar a considerar a

¹¹⁹ Gutiérrez Álvarez, 1993: 100-104.

¹²⁰ Powell, 1977: 76.

¹²¹ *Ibidem*: 110, 125-134, 184-185.

¹²² *Ibidem*: 71-78.

los indios como potenciales esclavos que rentabilizaran la continuidad de la guerra fronteriza¹²³. Se pensaba que la guerra ofensiva, con el aumento de las entradas militares, acabaría con los chichimecas, pero estos, lejos de amedrentarse, respondieron con mayor vigor, tanto por la necesidad en la que se encontraban como por odio. Por su parte, los soldados, entre la despenalización de la esclavización y la irrisoria soldada que percibían, hicieron de la guerra su sustento de vida, lo que enquistó el conflicto contra la voluntad real¹²⁴.

Durante las dos primeras décadas del conflicto la fundación de poblaciones en tierra de guerra para aprovisionar la zona y dar seguridad a los caminos fue la puesta en marcha del proceso de pacificación, aunque ni las concesiones de tierra, las exenciones ni demás facilidades solían alentar a los indios de paz ni a los españoles a hacer vida en esa tierra de guerra¹²⁵. El virrey Enríquez, en su transición a una guerra ofensiva, y gracias a su diplomacia en el conflicto entre Nueva Galicia y México delegando la dirección bélica en un teniente de capitán general en cada Audiencia¹²⁶, da el siguiente paso –ya ideado por el virrey Velasco– de fundar presidios a lo largo de las principales rutas. Con ello se logró mejorar la seguridad y reducir las pérdidas respecto a la anterior etapa¹²⁷.

La falta de financiación de la guerra abrió el lucrativo negocio de la esclavitud. La mayor y constante presencia de los soldados, su salvajismo y algunas traiciones de promesas de paz provocaron una escalada de terror. Aumentaron mediante las nuevas confederaciones de guerra chichimecas, cada vez más numerosas y violentas en paralelo a la actitud española¹²⁸.

En 1567 se dispuso el reparto de los gastos para el sustento de la guerra en la frontera en tres partes. El rey aportaría un tercio, otro los mineros y mercaderes de la frontera y el último los dueños de recuas y carros. Tres años después, el virrey Martín Enríquez rebajó la contribución de mineros, mercaderes y arrieros a un tercio de los gastos, el rey y los encomenderos de Nueva España financiarían los dos tercios restantes. Pese a ello, sólo los residentes en la zona lo sufragaron y el resto se desentendió del aporte, pues Nueva Galicia no

¹²³ *Ibidem*: 121. Assadourian, 2008: 88-91.

¹²⁴ Reséndez, 2019: 95-97. Powell, 1977: 193-196. Assadourian, 2008: 136-138.

¹²⁵ *Ibidem*: 23-25, 71-75. Miranda, 1980: 93-94.

¹²⁶ García-Abásolo, 1983: 363. Powell, 1977: 125-128.

¹²⁷ Powell, 1977: 149-164.

¹²⁸ *Ibidem*: 140-144.

tenía capacidad para recaudar esos fondos, y en 1576 el virrey Enríquez dotó una partida para la guerra creando nuevos impuestos, confiscando bienes ilegales, poniendo multas, etc.¹²⁹. Felipe II no proveyó de mayores recursos hasta el mandato del conde de Coruña (1580-1583) ante la escalada de la guerra durante la década anterior¹³⁰.

El equipamiento básico de los soldados españoles en armaduras, armas y caballo, según veteranos de guerra, rondaba los mil pesos en oro, y constaba de una celada con sobrevista, un sombrero de alas anchas con bandas de acero, un morrión, dos zaragüelles, escarcela, hombreras con pliegues y una cota de malla que podía ser de metal, algodón o gamuza, pues las flechas chichimecas siempre exigían progresos; y finalmente una espada, lanza y arcabuz. Aún a sabiendas de ello por las denuncias del virrey Enríquez, el rey mantuvo durante los sesenta las soldadas entre 300-350 pesos de oro anuales, que en 1581 se incrementaron a 450 pesos y a 500-600 para capitanes. Las expediciones españolas debían constar de unos 40-50 jinetes bien equipados junto a unos 80-400 indios auxiliares, más decenas de carretas de abastecimiento, aunque frecuentemente, por falta de medios, solían estar formadas sólo por 9-10 jinetes o 20-30 soldados (la edad oscila entre 19 y 50 años y la mayoría eran criollos mexicanos o españoles) bajo un capitán, por lo que es fácil entender que practicaran la esclavización para poder sobrevivir¹³¹.

Los chichimecas no fueron los únicos en sufrir a los soldados. El bajo salario que percibían llevó a los carreteros a pagarles escoltas privadas en las rutas, requisaban comida a los indios de paz, confiscaban los bienes robados a los españoles tras la captura de los chichimecas... Fueron, en primer lugar, un factor clave en la seguridad, pero a la larga se convirtieron en fuente de hostilidades. No obstante, debemos considerar las condiciones de vida de estos soldados: tenían una paga real miserable (si es que la llegaba a recibir) y a veces con retrasos, la naturaleza de la guerra los hacía estar siempre equipados, en alerta y en constante movimiento por las duras y extensísimas tierras con escasez de agua. Para colmo, el enemigo conocía el terreno infinitamente mejor y su tendencia era rehusar el enfrentamiento huyendo hacia sus territorios, lo que obligaba a los soldados a realizar largas marchas durante

¹²⁹ García-Abásolo, 1983: 346. Powell, 1977: 129-131.

¹³⁰ Assadourian, 2008: 128-129. *Ibidem*: 143.

¹³¹ Powell, 1977: 133-144.

meses, y cualquier expedición, fuera cual fuera su tamaño, podría ser arrasada por un contingente chichimeca¹³².

4.2. “GUERRA A FUEGO Y SANGRE”

Las religiones incendiaron las mentalidades. En la sublevación de inicios de los cuarenta los hechiceros chichimecas incitaron por medio del «tlatol», la palabra de Tecocoli dada a través de ritos, a hacer la guerra a los cristianos y su codicia. Las victorias chichimecas eran el augurio de su expulsión definitiva, pero las derrotas les hacían temer al dios cristiano. Los españoles, en cambio, combatían con la firmeza que otorga la verdadera fe, presagiando la victoria final pese a las derrotas al combatir al diablo. La cosmovisión india temió al otro bando porque las condiciones de los indios los hacían más propensos a adoptar nuevos dioses y costumbres, con lo que, pese al temor a las represalias de sus viejos dioses, se convirtieron antes que los españoles¹³³. Lenta e inexorablemente, el cristianismo los conquistó.

Los españoles pronto empezaron a temer a sus vecinos. Los chichimecas practicaron una guerra de guerrillas por todo el territorio, asaltando inteligentemente las mercancías y rehusando el combate abierto. Una caravana camino a Zacatecas podía encontrarse con grupos de 40/50 hombres, incluso llegando a los 200, volúmenes mayores sólo se vieron en el cénit de la guerra. Los chichimecas utilizaban en sus ataques el arco y las flechas, colocándose a cierta distancia unos de otros, seleccionaban lugares de fácil huida y esperaban hasta la noche o durante la misa para sorprender a los españoles. En sus asaltos, bien en los caminos o en los poblados, primero atacaban a los caballos, tras deshacerse de todo el grupo se llevaban la ropa, la comida y cualquier botín preciado, incluyendo a las mujeres¹³⁴.

En esos primeros años de aprendizaje se fundaron las primeras poblaciones en la ruta real para la protección y aprovisionamiento. Las caravanas llevaron casas-fuerte para proteger a los comerciantes¹³⁵ y se hicieron las primeras entradas como represalia. Éstas solían organizarse tras alguna grave pérdida, y consistieron en invadir el conocido territorio en busca del enemigo, pero este era escurridizo.

¹³² García-Abásolo, 1983: 353. Powell, 1977: 145-148.

¹³³ Assadourian, 2008: 43-46. Ricard, 1986: 388-389.

¹³⁴ Powell, 1977: 59-66.

¹³⁵ Gutiérrez Álvarez, 1993: 110. Powell, 1977: 158.

La famosa campaña del capitán Pedro de Ahumada contra el Malpaís en 1561 a las puertas de la invasión a la ciudad de Zacatecas es un buen ejemplo de la dilatada guerra. Pese a la iniciativa chichimeca, es el capitán quien decide ir a buscarlos, a sabiendas de la formación de una liga guachichil-zacateca que había tenido éxito al norte de Zacatecas, que podría aunar nuevas naciones y seguir desplazando a los españoles al sur. La expedición, compuesta por 40 jinetes y un refuerzo de 400 indios cazcanes, debió seguir la huida chichimeca hacia su territorio, con sucesivas entrevistas y negociaciones de paz. Al darse cuenta, ya estaban demasiado adentro, sufrieron un primer ataque indio. El capitán decidió aprovechar la oportunidad, prosiguió durante semanas la búsqueda de sus enemigos, apresando y asesinando en torno a medio millar. Los indios tepehuanes, expectantes ante las posibilidades de una liga antiespañola, depusieron cualquier atisbo de alianza desde entonces, pero la discontinuidad en este esfuerzo hizo rebrotar la violencia y el establecimiento de nuevas confederaciones, desde Guadalajara hasta Zacatecas¹³⁶.

Estas persecuciones guerrilleras fueron tan frecuentes como las negociaciones de paz. A menudo, los chichimecas la aceptaban a cambio de carne, textiles y otros adornos y, tan pronto como olvidaban dicha promesa, proseguían en sus asaltos¹³⁷. Esta fue una de las razones que los españoles expusieron para descartar la negociación y aplicar la guerra total. Aunque no hay que olvidar que esta práctica pronto se hizo extensiva con el cambio de ciclo, y numerosos capitanes de frontera prometieron obsequios y paz para terminar haciéndolos esclavos en las minas o los grandes latifundios¹³⁸. Las represalias crecieron y con la legalización de la esclavitud numerosos indios de paz sufrieron el acoso de los soldados, quienes los acusaban o provocaban, haciendo que algunos se rebelasen¹³⁹. En la ofensiva iniciada por el virrey Enríquez los españoles aplicaron las mismas tácticas de intriga, traición y salvajismo que los chichimecas. Si éstos les arrancaban la cabellera a los españoles en vida, ellos mutilaban sus dedos para impedirles volver a guerrear, si los chichimecas raptaban mujeres, los españoles esclavizaban a los niños que dejaban atrás al huir de los ataques¹⁴⁰.

Tras sus primeros botines extendieron el uso del arcabuz y especialmente eficaz fue la asimilación del caballo como medio de locomoción e incursión contra el enemigo,

¹³⁶ Powell, 1977: 91-103. Assadourian, 2008: 73-78.

¹³⁷ *Ibidem*: 67.

¹³⁸ Reséndez, 2019: 72-73. Assadourian, 2008: 118, 138.

¹³⁹ Powell, 1977: 145-146.

¹⁴⁰ *Ibidem*: 50-51, 64-66, 95.

perfeccionado desde mediados de siglo, así como los perros para vigilar¹⁴¹. Cuando no hallaban a los indios, bien podían encontrarse rancherías que mantenían tierra adentro. Los españoles también rentabilizaron sus capturas y utilizaron a chichimecas como exploradores o mediadores en la guerra¹⁴². Los chichimecas se adaptaron y lograron incorporar a indios de paz de los poblados como contraespías que, unido a las huidas de caciques prisioneros, permitieron un mayor conocimiento del enemigo español. En los ochenta la situación se hizo crítica para los chichimecas tras más de una década de “guerra a fuego y sangre” por sus terribles pérdidas, llegando a atacar a numerosos poblados cazcanes, otomíes y pames para levantarlos contra los españoles, e incorporando a algunos a su espiral de violencia¹⁴³.

La guerra continuó y evolucionó hacia la táctica ideada por el virrey Velasco. A partir de 1568 se construyeron presidios, «fuertes pequeños y cuadrados, de adobe, con guarniciones de seis a doce soldados al mando de un capitán, y cuyo espacio interior alcanzaba a dar refugio a grupos de viajeros con sus animales». La fundación de los siete principales, entre finales de los sesenta y setenta, en la mitad norte de la ruta real, desde San Felipe hasta Zacatecas, con soldados que escoltaran las caravanas, fue la más eficaz medida defensiva¹⁴⁴. Se pretendió desplazar al norte la frontera con nuevos poblados de españoles e indios, pero no había incentivo suficiente para esta tarea, lo que impidió alejar el foco de guerra. Los presidios, a modo de síntesis,

«si bien nada aportaron en términos de expansión de los límites fronterizos, consolidaron los avances previos mediante la organización de los procedimientos administrativos y militares, y fueron vitales en la delineación de la política general que debía seguirse para pacificar a los chichimecas»¹⁴⁵.

El virrey Enríquez acabó siendo consciente de que no ganarían la guerra, pero a la llegada de su sucesor, el conde de Coruña, gracias a la inyección financiera real, aumentó el número de reclutas para la frontera, llegando a doblar el número de soldados en los presidios¹⁴⁶. Los ataques chichimecas para entonces ya eran alarmantes. El destacamento de Roque Núñez, con más de 50 soldados, fue aniquilado en el presidio de Las Bocas, y la línea de frontera había

¹⁴¹ Assadourian, 2008: 107. Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 43. Goicovich, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 21.

¹⁴² Powell, 1977: 93, 174-175.

¹⁴³ *Ibidem*: 59-61. Assadourian, 2008: 104-107.

¹⁴⁴ García-Abásolo, 1983: 357-359. Powell, 1977: 150.

¹⁴⁵ Assadourian, 2008: 127.

¹⁴⁶ Powell, 1977: 184-185. Assadourian, 2008: 128-129.

descendido casi hasta México gracias al despoblamiento¹⁴⁷. Para solucionarlo, los estancieros pidieron más recursos al rey, pero para 1584 la guerra consumía casi un tercio de los ingresos (200 000 pesos anuales), el reclutamiento crecía, más parcialidades chichimecas se levantaban¹⁴⁸, y el comercio con el norte de Zacatecas se hallaba suspendido.

4.3. PAZ Y ACULTURACIÓN

A la muerte del conde de Coruña se hizo cargo de la dirección del virreinato el antiguo inquisidor y arzobispo Pedro Moya de Contreras (1584-1585), quien presidirá el III Concilio Mexicano de 1585. Volvieron a debatirse los derechos de los indios tomando como referencia la obra del doctor Hernando de Robles, *Relación sobre el estado de la guerra chichimeca*, en la cual presentaba dos dudas morales. La primera, si la guerra «a fuego y sangre» era aceptable, y la segunda, si la justa esclavización buscaba la paz¹⁴⁹.

La vida en la frontera seguía exacerbando la belicosidad. En el concilio hubo quienes apoyaron continuar la guerra, entre ellos Moya de Contreras, pero la mayoría de los miembros de las tres órdenes y la recién llegada orden de los jesuitas devolvieron los derechos a los chichimecas¹⁵⁰. Los acuerdos del concilio coincidieron con la llegada del virrey Álvaro Manrique, marqués de Villamanrique (1585-1590), quien reunió toda la información de la guerra antes de actuar y coincidió con los veteranos capitanes. En apenas un lustro «la pauta de pacificación estaba demostrando ser útil, humanitaria y capaz de llevar la paz a aquellas tierras». Además, el cambio de táctica logró reducir los gastos de guerra de 200 000-300 000 pesos anuales a sólo 14 000-15 000. Villamanrique redujo el reclutamiento, y ordenó que los soldados escoltasen la plata en la ruta real y patrullasen, y que nunca hiciesen entradas; en la misma línea abandonará la fundación de presidios¹⁵¹.

En 1586 se reiteró la prohibición de hacer esclavos a cambio del pago de veinte pesos de oro por cada muerte chichimeca¹⁵². El camino hacia la paz acabó por convencer al virrey en 1586: Nueva Galicia vio insuficiente una expedición de rescate contra los chichimecas en Guaynamota, al norte de Guadalajara, y envió a cuatro capitanes que asesinaron a casi una

¹⁴⁷ García-Abásolo, 1983: 364-365.

¹⁴⁸ Assadourian, 2008: 115-116.

¹⁴⁹ *Ibidem*: 131-135.

¹⁵⁰ *Ibidem*: 132-135.

¹⁵¹ Powell, 1977: 193-198.

¹⁵² Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 42.

veintena de jefes chichimecas y esclavizaron a cerca de 1000 indios. Villamanrique, enfurecido, pidió al rey la reafirmación de su suprema autoridad y ordenó la inmediata liberación de todos los presos. En adelante, el virrey prohibió la dotación financiera para la guerra a cualquier persona salvo él¹⁵³.

Las conversaciones con los jefes chichimecas las iniciaron los veteranos capitanes, quienes sabían a quién acudir y cómo. Miguel Caldera¹⁵⁴, Francisco de Urdiñola, Gabriel Ortiz Fuenmayor o Francisco de Avellaneda fueron algunos protagonistas¹⁵⁵. El comercio floreció, los chichimecas fueron acostumbrándose al estado de paz e incluso guiaron a frailes a yacimientos tan vitales como lo sería el de San Luis Potosí¹⁵⁶. Villamanrique fue muy optimista con su método pacificador, y pese a excederse en sus propias adulaciones, marcó la senda a seguir.

La organización del aprovisionamiento a los chichimecas recayó en un experimentado hombre de aquella frontera, quien ya había ostentado cargos públicos en México: Luis de Velasco II (1590-1595). Con una mirada a largo plazo, el hijo del virrey que se estrenó en la guerra supo añadir los límites necesarios a la política de su predecesor con vigor. Un ejemplo de continuidad es la negociación con los tlaxcaltecas del envío de 50 familias (400 personas) a fundar ocho asentamientos al norte con franciscanos y jesuitas, firmado en marzo de 1591 y visto con escepticismo pese a los esfuerzos por el bienestar de los colonos. Por el contrario, mantuvo una reserva militar ante el temor a las inestables paces pactadas con los chichimecas; se ocupó también de organizar entradas a Nuevo México que alejaran a ambiciosos capitanes de la tierra chichimeca e incluso impuso multas a capitanes por irregularidades. Este proyecto caracterizó a las siguientes fundaciones. En verano, el fraile Hinojosa Villavicencio y el capitán Del Río, supervisor de la nueva política, distribuyeron a los tlaxcaltecas entre el norte y este de Zacatecas. En adelante, el virrey prefirió otorgar privilegios a indios cholultecas, mexicas, otomíes y huejotzingos para repoblar algunos asentamientos estratégicos¹⁵⁷.

El virrey Velasco II nombró varios proveedores para los chichimecas, a quienes abastecían para la paz de aperos agrícolas de hierro, cuchillos de carnicero, utensilios de

¹⁵³ Powell, 1977: 195-197. Assadourian, 2008: 136.

¹⁵⁴ Ruiz Guadalajara, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 52. Miguel Caldera, hijo de un capitán y una mujer guachichil, destacó por acompañar a México a varios caciques que aceptaron la alianza y su asentamiento pacífico, hecho que marcó al virrey.

¹⁵⁵ Powell, 1977: 197. Assadourian, 2008: 138.

¹⁵⁶ *Ibidem*: 221-222.

¹⁵⁷ *Ibidem*: 200-206.

acero, hachas, sillas de montar, paños de Castilla, telas chinas, paños holandeses, maíz, carne... La Hacienda y algunos latifundistas sufragaron estas inversiones que eran enviadas desde poblados cercanos¹⁵⁸.

En 1595, a la llegada del noveno virrey, Gaspar de Zúñiga, conde de Monterrey (1595-1604), sólo quedaban unos flecos para enterrar la guerra chichimeca. Además de supervisar la creación de nuevas congregaciones recomendadas por el III Concilio Mexicano y ordenadas por la Corona, aumentó las facilidades para los indios liberados, indicó al rey que sólo había de seguir en consonancia a la última década y dispuso una vigilancia básica sobre zonas de guerra residuales en las sierras oriental y occidental, pero antes de finalizar su mandato podía darse por terminado el extenuante conflicto¹⁵⁹.

5. CONCLUSIONES

La guerra chichimeca supuso el mayor esfuerzo militar español en América para la conquista de los habitantes de un territorio invadido. El establecimiento en el territorio conocido como Gran Chichimeca fue relativamente sencillo cuando las grandes minas atraían volúmenes de población importantes, pero las fundaciones de poblados defensivos o presidios tuvieron que convivir con el miedo a las incursiones chichimecas, generando un problema de despoblación que perjudicaba al abastecimiento de las minas.

La naturaleza de estos pueblos jugó un importante papel en la larga duración de la guerra. La explotación estacional de los recursos hacía ilocalizables a los chichimecas, lo que impedía su subyugación. La pequeña jerarquización social fue otro factor importante, pues los capitanes no podían negociar paces importantes o duraderas, pues había muchas tribus con distintos jefes y su autoridad no siempre era acatada. Ello llevó a una desesperación que tomó el camino de la guerra total.

Los protagonistas de la frontera fueron fácilmente reconocibles a lo largo del conflicto: sus apellidos eran los más conocidos de la región, pues las primeras conquistas y encomiendas les permitieron la acumulación del capital inicial necesario para financiar las exploraciones, las explotaciones mineras y la creación de grandes latifundios agroganaderos, todo lo cual era mantenido por sus descendientes. Si bien estos mineros y estancieros fueron

¹⁵⁸ *Ibidem*: 225-228.

¹⁵⁹ *Ibidem*: 208-212.

la dirección visible del desarrollo del norte de México, fueron los indios pacificados, por simple proporción demográfica, los que pusieron a la empresa sus esfuerzos. Fundando pueblos en tierra de guerra, extrayendo los minerales de los cerros, transportando mercancías por los caminos, cultivando el maíz, el trigo... Fueron, bajo el manto protector de soldados y frailes, la fuerza que empujó la frontera.

Los religiosos fueron, junto a estos indios de paz provenientes de múltiples regiones del virreinato, quienes mejores relaciones establecieron por su pacifismo con los chichimecas. En los tres últimos quinquenios del siglo, fueron claves en el establecimiento de los poblados indios que invitarían a los chichimecas a practicar con ellos su forma de vida.

Con el fin de la guerra chichimeca se asimiló un vastísimo territorio plagado de riquezas minerales y ganaderas, también permitió la tranquila explotación de las tierras meridionales más aptas para la agricultura y la apertura de un paso hacia Norteamérica.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Salvador, Rodolfo, «El clero en Nueva España y las congregaciones de indios: de la evangelización inicial al III Concilio Provincial Mexicano de 1585», *Revista Complutense de Historia de América*, 39 (Madrid, 2013): 129-152.
- Aldao, María Inés, «La misión de narrar: idolatría, evangelización e hibridación en *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme* (1581) de Fray Diego Durán», *Orbis Tertius: revista de teoría y crítica literaria*, XVII / 19 (Buenos Aires, 2013): 208-217.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Historia de la nación chichimeca*, Madrid, Historia 16, 1985.
- Armillas Vicente, José Antonio, «Evangelización y sincretismo religioso en México (siglo XVI)», María del Carmen Lacarra Ducay (coord.), *Arquitectura religiosa del siglo XVI en España y Ultramar*, Zaragoza, Institución Fernando El Católico, 2004: 7-38.
- Assadourian, Carlos Sempat, *Zacatecas: conquista y transformación de la frontera en el siglo XVI. Minas de plata, guerra y evangelización*, México, El Colegio de México, 2008.
- Bakewell, Peter J., *Minería y sociedad en el México colonial: Zacatecas (1546-1700)*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Chávez, Ezequiel A., *Apuntes sobre la colonia. La reeducación de indios y españoles*, Volumen II, México, Jus, 1958.
- Cook, Karoline P., «Muslims and “Chichimeca” in New Spain: The Debates over Just War and Slavery», *Anuario de Estudios Americanos*, LXX / 1 (Sevilla, 2013): 15-38.
- Di Peso, Charles, *Historia general de América: periodo indígena. La gran chichimeca*, Volumen VII, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1983.
- García-Abásolo, Antonio Francisco, *Martín Enríquez y la reforma de 1568 en Nueva España*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1983.
- Goicovich, Francis, «Dinámica de la confrontación hispano-indígena en el Reino de la Nueva Galicia y regiones adyacentes, siglo XVI», *Revista de Indias*, LXXIX / 275 (Madrid, 2019): 9-49.
- Gutiérrez Álvarez, Secundino José, *Las comunicaciones en América: de la senda primitiva al ferrocarril*, Madrid, MAPFRE, 1993.
- Jackson, Robert H., «The Chichimeca frontier and the Evangelization of the Sierra Gorda, 1550-1770», *Estudios de historia novohispana*, 47 (Ciudad de México, 2012): 45-91.
- Jiménez Núñez, Alfredo, «Los “vecinos” españoles ante los indios de frontera: el Gran Norte de Nueva España», *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, 30 (Logroño, 2006): 37-64.
- Lacueva Muñoz, Jaime J., «La introducción de la amalgamación en Zacatecas: el equilibrio entre recursos naturales y tecnología», Jesús Paniagua Pérez y Nuria Salazar Simarro (coord.), *La plata en Iberoamérica, siglo XVI al XIX; Congreso internacional*, México D.F., Vicerrectorado de Relaciones Internacionales de la Universidad de León, 2008: 15-38.

- Lacueva Muñoz, Jaime J., *La plata del rey y sus vasallos*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla: Diputación de Sevilla, Área de Cultura e Identidad; Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2010.
- León-Portilla, Miguel, «El proceso de aculturación de los chichimecas de Xólotl», *Estudios de cultura náhuatl*, 7 (Ciudad de México, 1967): 59-86.
- López Molina, Amalia Xóchitl, «Hermenéutica del descubrimiento del Nuevo Mundo. La polémica de Valladolid y la naturaleza del indio americano», *Revista Valenciana, estudios de filosofía y letras*, 15 (Guanajuato, 2015): 233-260.
- Miranda, José, *España y Nueva España en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Navarrete Linares, Federico, «Chichimecas y toltecas en el valle de México», *Estudios de cultura náhuatl*, 42 (Ciudad de México, 2011): 19-50.
- Pérez Flores, José Luis, «La lucha de la civilización contra el salvajismo en el arte de la frontera norte novohispana: imaginarios y representaciones sociales», *Fronteras de la historia: revista de historia colonial latinoamericana*, XXI / 2 (Bogotá, 2016): 12-47.
- Powell, Philip Wayne, *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- Reséndez, Andrés, *La otra esclavitud: historia oculta del esclavismo indígena*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México: ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572*, México, Jus, 1986.
- Rosati Aguerre, Hugo, «El imperio español y sus fronteras: mapuches y chichimecas en la segunda mitad del siglo XVI», *Historia*, XXIX (Santiago de Chile, 1995-1996): 391-404.
- Ruiz Bañuls, Mónica, *El huehuetlatolli como discurso sincrónico en el proceso evangelizador novohispano del siglo XVI*, Roma, Bulzoni editore, 2009.
- Ruiz Guadalajara, Juan Carlos, «El capitán Miguel Caldera y la frontera chichimeca: entre el mestizo historiográfico y el soldado del rey», *Revista de Indias*, LXXX / 248 (Madrid, 2010): 23-58.
- Tomé Martín, Pedro, «Redescubriendo la Gran Chichimeca: revalorización regional y antropología social en la recuperación de la pluralidad étnica mexicana», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXV / 1 (Madrid, 2010): 155-184.
- Valle Pavón, Guillermina del, «Expansión de la economía mercantil y creación del consulado de México», *Revista mexicana*, LI / 5 (Ciudad de México, 2002): 517-557.